Tomo XII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 22

San José, Costa Rica 1926 Sábado 12 de Junio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Lugones rectifica algunos juicios del Sr. Dromundo



Buenos Aires, 22 de abril de 1926.

Señor don Joaquín García Monge.

Mi siempre querido y muy estimado amigo:

Don Baltasar Dromundo, de México, me favorece en su REPERTORIO [1] con algunos apuntes que deseo contestar, según lo hago siempre con toda observación comedida.

Las expresiones de entusiasmo socialista y liberal del señor Dromundo, son incontrovertibles por su propia naturaleza, así como aquéllas de respetable patriotismo y de natural agravio hacia los Estados Unidos. Pero, lo que ya no puede aceptarse, es que países donde los problemas mexicanos no existen, los adopten como propios, a título de «solidaridad americana». Esto no es más que una fantasía literaria, como fué una fantasía política, según lo comprueba su fracaso ya secular, la anfictionía bolivariana. Y cuando yo afirmo que en la América Latina la democracia es imposible, me refiero a que ella constituye también otro fracaso secular. En política, arte de aplicación inmediata, lo que fracasa es quimera. Sobre todo cuando fracasa durante un siglo.

Por otra parte, así creyeron, sin tener que esperar tanto, los más ilustres fundadores de la independencia americana, y desde luego Bolívar y San Martín, quienes, demócratas por convicción personal, desengañáronse con la experiencia: actitud confirmada por el antedicho siglo de quiebra fraudulenta, o sea más elocuente en su género. Los que reaccionamos hoy contra la democracia, estamos, pues, con aquellos grandes hombres; es decir en la mejor compañía.

En la República Argentina, la democracia fué una imposición de la plebe semibárbara y el entusiasmo teórico de una juventud generosa, pero extraviada por la moda extranjera que imponía, a su vez, la ideología liberal, como impone ahora la comunista: hibridación estéril por su propia naturaleza, según lo prueba y comprueba su ejercicio, pues tan mala ha resultado falsificada como auténtica.

Obstinarnos en semejante régimen, es incapacitarnos a sabiendas para la acción, malograda por la consiguiente anarquía; como si además de la experiencia, la propia índole latina no estuviera enseñándonos el camino de llegar. Los gobiernos de mando, u organizaciones jerárquicas fundadas en la jefatura personal, son los que más nos convienen, porque son los que entendemos mejor.

La democracia representativa de tipo anglo-sajón, es acá un experimento agotado. No sirve. Empezamos por no creer en el Parlamento, es decir en su órgano esencial. El sufragio no nos interesa. En cuanto a la transformación colectiva, que es la natural derivación de la democracia, la reciente aplastadora derrota del socialismo en las elecciones de la Capital, que es donde únicamente valía algo, equivale a una defunción. Nada hay menos internacionalista que este país; menos dado a preocupaciones continentales o ecuménicas. América no es y no será para nosotros más que una expresión geográfica. Muy amigos de todo el mundo, sí; pero sin mezclarnos en las cosas de nadie. Cada país tiene la política que le acomoda, y el «agrarismo mexicano», conforme a la expresión del señor Dromundo, nos merece tanto respeto como los gobiernos fuertes de Venezuela y del Perú. Los pueblos soberanos de cada una de estas naciones, sabrán por qué los designan o los consienten. Esto significa en verdad ser cada pueblo dueño de su destino. Y si el pueblo del Perú es tan soberano y capaz como el de México para la vida propia, su respectivo modo de gobernarse debe merecernos igual consideración.

Según las noticias del telégrafo internacional, en México se fusila más que en el Perú y en Venezuela. En Rusia muchísimo más que en la España dictatorial, y por cierto, en la Italia *fascista*, donde no existe la pena de muerte.

Pero, concretándome a la América Latina, he aquí un recuerdo que vale la pena.

En abril de 1914, el guerrillero revolucionario Pancho Villa, había fusilado por traición, o cosa así, un súbdito británico. Villa ejercía gobierno en la zona dominada por sus armas; y bajo el estímulo de una reclamación del Foreign Office, la prensa europea empezó a hablar de intervención y otras malas hierbas.

Tocóme entonces defender enérgicamente, desde la *Revue Sud-Américaine* que dirigía yo en París, la soberanía mexicana así ejercida; no sólo, dije, sobre un extranjero cualquiera, sujeto a ella por la residencia, sino sobre los mismos emperadores de importación.

En materia tan delicada, todo entrometimiento es un peligro de guerra. Los excesos de soberanía, si los hay,

1. Váase el No. 9 del REPERTORIO AMERICANO, tomo en curso.

cuentan entre las imperfecciones humanas que tolero en los demás para que me toleren las mías. Es el único método práctico de vivir en paz.

Por otra parte, lo único que tenemos común, es el interés de garantir esa misma soberanía. Bien entendido que como propósito de política continental.

La legislación mexicana sobre la propiedad, el culto, la inmigración, sería acá inaceptable e incomprensible. Pero México sabe lo que hace cuando la dicta como nación soberana, y esto basta para que la respetemos.

Ser hermano, no significa ser idéntico; ni la personalidad distinta comporta desvío fraternal. México socialista y la República Argentina burguesa, pueden entenderse perfectamente como entidades soberanas. Tal cual sucede, por ejemplo, con la Rusia maximalista y la Italia jerárquica del *fascismo*.

En este país no existen el pesimismo, ni el pueblo lúgubre, ni la raza «contraída y enferma» que el señor Dromundo nos pinta como estado continental.

Nuestro pueblo trabaja satisfecho, vigoroso, expansivo, sano de cuerpo y alma, instruyéndose cada vez más, y viviendo cada vez mejor. No hay miseria. Y si no hubiera demagogía, nuestra situación, de buena, pasaría a ser óptima. El único estorbo serio al progreso de la cultura y de la prosperidad, es la democracia con sus políticos ineptos e inmorales. Hija, como he dicho, de la anarquía semibárbara, ella representa ahora el atraso, en un país donde el estado social que la engendró, ya no existe. Por esto, la política es lo más retardado acá, y no produce sino perjuicios.

El socialismo que habla de miseria y de hambre, reproduce una lección ajena que el pueblo no acepta ya, puesto que le niega sus votos. No la acepta, porque es falsa; como no practica la democracia, porque es inútil. Hé aquí la realidad.

«Las revoluciones, dice el Sr. Dromundo, ya en el orden filosófico, ya en el político, de todos modos, en el social, no se hacen a cañonazos».

Bastaría recordar a Rusia y al propio México actuales, confirmatorios de la enseñanza histórica sin una sola excepción. No existe, al contrario, una sola revolución social que no sea un acto de fuerza.

Toda nuestra ideología liberal—socialismo inclusive—está fundada en aserciones semejantes. Es la eterna psicología del cuento de hadas: dar por hecho lo que nos gusta, apelando a la quimera para dispensarnos de la ímproba realidad. Pero, con estas niñerías, no se hace más que cuentos sentimentales o ideológicos.

«Cristo no fué un guerrero, afirma mi estimable adversario. Ni Lutero. Ni Sarmiento».

Por lo que es de este último, soy, precisamente, su historiador, y puedo hablar a sabiendas.

Sarmiento fué un general, todo un señor general, que hizo la guerra y que estaba muy contento y orgulloso de serlo. Su represión de la montonera, anticipo de la horda comunista actual, llegó en ciertos casos al exterminio. El fué quien creó nuestras más adelantadas instituciones militares y navales, desde las escuelas del ramo hasta la primera división de monitores y torpederos.

Y si no fuese de buen gusto evitar el doble sentido hasta en las frases que vienen hechas, podría decirse con oportuna alusión que esa trinidad es una ensalada rusa...

El Sr. Dromundo continúa con igual entusiasmo:

«Los muros del Partenón no se estremecieron por un ruido de lanzas, sino por la palabra prodigiosa que alcanzó el eco de Platón».

El Partenón fué, precisamente, el templo de la victoria. Atena victoriosa y armada, el numen de su advocación, ante el cual prestaban el juramento militar los conscriptos atenienses de veinte años. Y como si no bastara, otra imagen de la diosa: Atena Prómacos, o la centinela, guardaba el templo al exterior, con su lanza gigantesca, cuya punta «brillante como la estrella de la tarde», era lo primero que en símbolo de fuerza y de triunfo, veíase desde el mar ante la rada del Pireo. Este era a su vez, un puerto militar, colocado bajo otra advocación de Atena: la Anemotis, o «del buen viento», patrona de la flota. Y la juventud ateniense cuyos desfiles militares eternizan, glorificándolos, los frisos del Partenón, invocaba, todavía, a la Atena Kalinitia, patrona de la caballería, que era el arma aristocrática en el ejército.

«Los muros del Partenón», entre los cuales, dicho sea de paso, no tenía acceso el pueblo, ni podían hablar otros que los sacerdotes, habríanse estremecido con «el eco de Platón» por razones muy distintas de las que imagina el Sr. Dromundo.

Platón era un aristócrata reaccionario, cuyo centro de propaganda política, como diríamos hoy, no estuvo en el Partenón, sino en la Academia.

Allá doctrinaba, argumentando contra la democracia ya entonces fracasada en la guerra del Peloponeso, y exponiendo los principios que ahora leemos en su *República* y en su *Política*.

La nación ideal que dichos tratados proponen, se halla constituída por tres órdenes o clases, la segunda de las cuales es el ejército permanente, formado por los mejores ciudadados elegidos al efecto. Ella, y la de los maestros o directores del Estado—«su plata y su oro»—, según la doctrina—formaban la aristocracia. Pues, para Platón, la guerra es un resultado natural de la civilización que se perfecciona, y que con ello crea la necesidad de la conquista. Si a esto se añade la necesidad social del orden, resulta que la profesión militar nace como todas de la división del trabajo.

Mas, no sólo fué Platón militarista y aristócrata, sino esclavista. En su concepto, además de constituir la esclavitud una necesidad, es un resultado natural de la condición humana: un fruto legítimo de la guerra. Opinión rigurosamente seguida por los Padres y los doctores de la Iglesia, si bien como enseñanza del Evangelio y los apóstoles...

Los reaccionarios actuales, procedemos filosóficamente de Platón y políticamente del Imperio Romano.

El Imperio Romano, sobre el cual padece otro error el señor Dromundo.

«Roma, dice, cayó cuando sus espadas sangrientas cansaron a los pueblos dominados».

La caída del Imperio, consistente en la invasión por los bárbaros, empezó durante aquella larga «paz romana», éxito imperial que Europa no ha visto reproducirse. Ninguno de los pueblos incorporados al Imperio, es decir del dominio romano, se sublevó entonces contra él; pues los bárbaros invasores, procedían de pueblos beligerantes, derrotados y contenidos ultra las fronteras, pero no dominados. Quienes minaron el Imperio por dentro y lo abrieron al invasor, fueron los cristianos, que no constituían un pueblo, sino una secta internacional de espionaje y de traición como el socialismo de nuestros días.

En cuanto a los gobiernos actuales de Italia y de España, su éxito popular y sus beneficios, empezando por el del orden, fuente inmediata de prosperidad, se imponen con tamaña evidencia, que todas esas momificaciones, pudriciones, latigazos, perforaciones a la bayoneta, bufonerías y espantos, imaginados por el señor Dromundo, suenan a retórica de bien conocido origen: son los ecos impo-

tentes del socialismo y del liberalismo desbaratados.

Pero, acabemos con estas vanas controversias.

Demasiado necesitan la buena voluntad y la dedicación del estudioso, nuestros países casi barbechos todavía. Trabaje cada cual en el suyo, que bien lo habrá menester, y la grandeza común será la suma de las parciales grandezas.

Soy siempre su amigo fiel

LEOPOLDO LUGONES.

S./c. Arenales 973. Buenos Aires.
República Argentina.

Primavera

I

Brotan retoños en los jardines:
pronto habrá lilas y crisantemas...
Cantan las hadas de acento fino
dulce preludio de vida nueva.

Brotan hojuelas tímidamente;
blanda verdura los campos llena;
pronto habrá rosas en los jardines
y lirios blancos en la pradera.

Y en la grisácea monotonía
con que el invierno cubrió la tierra,
pondrá su beso—de vida lleno—
la primavera.

Diríase humana
la prodigiosa naturaleza,
que tras un sueño se glorifica
con ricas galas de vida nueva.

II

Ilusión mía, despierta,
como despierta el bosque
al beso de la dulce primavera,
como despiertan los jardines,
como las arboledas.

No dejes que se esfume,
no dejes que se pierda
el símbolo de vida que hoy desciende
sobre jardines y dehesas.
Refleja en ti la vida nueva
que pone en toda la campiña
el beso ideal de primavera.

Ilusión mía,
sé tú el jardín que se reviste
de tántas crisantemas!
Sé tú la rosa
que abre sus labios de belleza!
Sé tú el bosque lejano,
la cercana arboleda... y,
primaveral como las plantas,
ilusión mía, despierta!

M. T. SALAZAR

Bruselas. 1926.
310 chée. d'Ixelles.

Actualidad económica

La integración que falta a Hispano América

PARA los pequeños estadistas que dirigen nuestras actividades sociales, un trabajo de fusión económica en Centro América—aunque sólo fuesen Guatemala, Honduras y El Salvador los países afectados—envuelve un trabajo de organización no solamente arduo sino más bien pavoroso. Estamos acostumbrados a trabajar poco y lentamente y, como consecuencia natural, las aspiraciones de los hombres son igualmente lentas y pocas. Pero ya hay un caso histórico inmenso que puede servirnos de estímulo y permitir concebir las cosas en grande escala. Ese caso está allí al Norte de América.

Los Estados Unidos son una federación de naciones libres. La unidad política ha hecho allí realizable la maravilla social más digna y noble de la historia humana. Ha puesto en cooperación cuarenta y ocho pueblos y esos cuarenta y ocho pueblos viven en paz, trabajan en paz, aspiran a la paz y, aunque integrados en sus elementos por simples y toscos trabajadores de todas partes del mundo, gracias a su libertad y su democracia, estan por producir la aristocracia de la *raza humana.*

En esta unión formidable el desenvolvimiento económico de los Estados tenía que ser una consecuencia natural e inevitable.

Gracias a la religiosidad profunda y a la simplicidad maravillosa de sus mentes los puritanos establecieron una nación fuerte en sus principios, en sus cimientos, y como sabían lo que era la Europa feudal y decrépita, se organizaron para la libertad y la acción rejuvenecedoras. Una vez establecidos quisieron trabajar, y para *vivir en el trabajo* encontraron que la integración de las fuerzas era el secreto de la supervivencia y del crecimiento. Nunca la unión de muchas colectividades tuvo en la historia un propósito más pacífico.

Completada la obra de fundación de los primeros norteamericanos, la máquina organizada se dió a la labor creadora. Esos cuarenta y ocho pueblos, como dice Arthur Brisbane, desconocen la frontera económica entre sí y de ahí su pujanza. Para darse cuenta de este fenómeno social tomemos para estudio el Estado de California. California podría ser una patria por sí sola. Su territorio es tan grande como Chile y los recursos naturales que le son exclusivos le darían una ventaja comercial indiscutida. Pero en vez de estar aislado y hacer su destino a su modo y velar por su seguridad a solas, este pujante Estado vive unido a los otros y goza de los beneficios de la Federación. California es un Estado agrícola y *exporta* al Este, sin pagar gravámenes, todo el tesoro de sus frutas selectas. Naranjas, limones, peras, duraznos, fresas, uvas, higos y manzanas se despachan a los Estados del Este en cantidades enormes.

Esto es posible porque no hay barrera económica, porque hay intercambio constante y porque existe una red ferroviaria que le pone en contacto con todo el territorio norteamericano. Los productos californianos venidos a los otros Estados de la Unión se valúan por más de quinientos millones de dólares. Y gracias a esta libertad de comercio capitalistas de Nueva York, de Pennsylvania, de Illinois, etc. vienen a allí a hacer sus inversiones.

En presencia de la actividad *exportadora* de California, los Estados del Este podrían hacerse esta reflexión: ¿Por qué no proteger nuestros productos agrícolas? Esta protección es un hecho cuando se trata de naciones divididas entre sí. Francia mantiene una barrera económica más alta que los Pirineos. Entre Francia, Inglaterra y Alemania existe una guerra de tarifas cada vez más empeñada en la aniquilación del contrario. Pero allí, en estas cuarentiocho naciones unidas no hay protección. El libre cambio tiene sus defectos, pero defectos que se curan por su propia naturaleza. Si el Este compra tanto al Oeste, también le vende.

California *importa* las más diversas manufacturas. Calzado, maquinarias, drogas, madera, patatas, azúcar, juguetes, etc. le llegan desde todos los Estados de la Unión. Aun siendo un productor agrícola, California compra productos agrícolas. Manzanas, limones, dátiles, peras, madera, trigo, maíz, algodón, avena, etc. le llegan de Nevada, Oregón, Idaho, Arizona, y Colorado. Cada una de las faces de este gran movimiento económico obedece a leyes naturales, sin que entre en ello nada artificial. Si California fuese una nación «independiente»; sin nexos políticos con el resto de la Federación y a merced de los prejuicios, el egoísmo y las mañas de sus políticos locales, ya veríamos a

los californianos preocupados por «invisibles peligros», creando tarifas absurdas y esforzándose en cerrar la puerta a todo elemento del exterior en bien de «la patria». Y para ese patriotismo nada valdría el interés de la familia humana en conjunto ni el interés de los varios Estados que hoy viven en paz.

Como ha pasado en los Estados europeos, este de California podría desvelarse con el serio problema de la protección de las industrias incipientes. Pero la unidad política lo ha evitado. No hay «infant industry» como se lee en la jeringonza proteccionista, que valga en relación con el territorio de la Unión. Allí las industrias nacen, se desarrollan y mueren cuando así lo permiten los factores económicos naturales. Hay centenares de industrias en California que prosperan a pesar de la competencia del Este. California fabrica automóviles, telas, estufas, artículos químicos, carpetas, alfombras, material de construcción, etc. Estas mercancías se manufacturan con materia prima del Estado. No ha habido menester de concesiones especiales. Ha habido, tras de cada industria, un grupo de factores económicos que favorecían su establecimiento.

Y así como California, el resto de la Federación ofrece un espectáculo admirable. Parece que el genio anglosajón, incansable creador desde Adam Smith hasta Irving Fisher—pasando por la pléyade de Stuart Mill, Taussing y Henry George—estaba llamado a realizar para provecho del mundo la revolución de la verdad económica. Esta Federación americana tiene el sistema de transporte ferroviario más eficiente de la tierra. Tiene la organización administrativa más admirable, con excepción tal vez de Alemania. El predicador de Princeton, que asombrara al mundo con los truenos del *New Freedom* tuvo la gloria de darle a su gran Patria la ley Bancaria más sabia del continente. La Comisión de Comercio entre los Estados, «Interstate Commerce Commission», es la organización económica y financiera que está realizando el control del Estado sobre las actividades del capital privado organizado en toda forma. Y como el trabajo es una *virtud* y quien se prepara para realizarlo inteligentemente asciende en la escala moral, el progreso del país ha poblado sus vastos territorios con escuelas modelo, con hospitales cuya organización enseña no solo sabiduría sino también alma; con bibliotecas donadas por los millonarios «bandidos» y con un servicio de publicidad y protección a todas luces inmenso.

Al Sur de ese país admirable está otro, que vive distintamente. Hay en México tierras inmensas que podrían ser cultivadas por los mismos mexicanos y cuyos productos agrícolas podrían elevar el nivel económico de aquel pueblo Para esto bastaría la organización racional del trabajador mexicano con el capital mexicano y extranjero. Pero la muralla fiscal lo prohibe. Y las consecuencias son desventajosas para ambos países fronterizos. A un lado el trabajador mexicano carece de oportunidades y de ahorros. Al otro lado le sobran. Es cierto que la base histórica de México no es igual a la norteamericana; es verdad que en México queda el resto de una enorme población indígena a quien el español degradó hasta cierto punto por medio de instituciones sociales y regímenes de vida con los cuales el azteca no estaba familiarizado, y que al Norte el Anglosajón tuvo el cuidado de exterminar a su enemigo, para no dejar ni la simiente; pero dado el modo de ser de las relaciones económicas del mundo, a pesar de esa fundamental divergencia, Estados Unidos y México podrían realizar grandes beneficios en provecho mutuo si lograsen una forma cualquiera de entendimiento.

Y al otro lado, un pueblo parecido, el Canadá, está pletórico de riquezas que no puede abordar con éxito el capital norteamericano, mientras el Canadá no puede a su vez atraer con éxito el genio transformador del estadounidense. Esta mutua necesidad se comprende por las mayorías comerciales de ambos países; pero los intereses creados de unos cuantos manufactureros, terratenientes y capitalistas norteamericanos y canadenses se opone a toda medida de cooperación internacional.

Ahora, piense el lector en lo estupendo de una serie de confederaciones similares entre las hoy independientes naciones de América Española. Al Sur se podrían consolidar Chile, Argentina y Uruguay. El Perú, Bolivia y Paraguay podrían formar otra. Y al norte del continente sur, Colombia, Ecuador y Venezuela el tercer grupo, dejando libre el Brasil. Centro América y México constituirían el resto. Es verdad que estos países están ahora desconectados; pero podrían lograr la conexión por medio de la asistencia del capital organizado sabiamente y prestar rapidez a la urgencia de esa organización con la ayuda eficaz de masas inmigratorias selectas. Estas federaciones de naciones libres no se sueñan así por mero detalle de posición y tamaño geográfico, sino porque en verdad son fragmentos complementarios en posibilidades económicas y recursos morales.

Esta obra es la más trascendental que pueden intentar los hombres de esta época. Será la obra máxima por la paz porque es la obra máxima por el trabajo. Y hoy, tratándose de tres pequeñas secciones de Centro América entre las cuales no existen antagonismos y antes bien estrechos nexos sociales, la pasividad en abordar un trabajo así de parte de nuestras mayorías políticas solamente revela el hábito del reposo en el músculo y en la voluntad.

N. VIERA-ALTAMIRANO.

(*Diario del Salvador*. San Salvador).

Es este el tercer trabajo publicado de una seria profusión económica de El Salvador, Guatemala y Honduras que el *D. del S.* ha acogido con beneplácito. Si Ud. lo encuentra de mérito alguno agradeceríamos su publicación en el *Repertorio*. Cordialmente suyo.

N. V. A.

Carta del señor Zanetti

Cartago, mayo 28 de 1926.

Señor

don Joaquín García Monge

San José.

Muy apreciado señor:

Convencido de la verdad del dicho, que *hay que machacar el hierro mientras está caliente*, siento que solamente hoy haya llegado a mis manos el número 19 del REPERTORIO AMERICANO que contiene una carta abierta, referente a mi trabajo sobre Mazzini y génesis y doctrina fascistas, y un artículo cuya lectura la misma carta *recomienda*, y que yo no vacilo en llamar una canasta donde han sido recogidos todos los lugares comunes, las mentiras y hasta estupideces que la inventiva antifascista ha venido produciendo desde el año de 1922. Con ello se ha creído engalanar las columnas del REPERTORIO y evidentemente borrar la mancha que en ellas parece haber dejado—¡qué temeridad!—mi trabajo. En éste, sin embargo, solo he venido exponiendo y estudiando las doctrinas de un grande italiano, sacando de ellas lógicas deducciones que he tratado de confirmar con la exposición de hechos que nadie—a fuer de tonto—podrá, a estas horas, atreverse a desmentir. La inmensa mole de legislación social que el *truculento* (sic) fascismo ha llevado a cabo, que el mundo admira y aplaude, que con la prosperidad de la Nación, asegura la armonía entre capital y trabajo y el bienestar y la tranquilidad del proletariado, basta y sobra para cubrir la desnudez y los falsos aspectos bajo los cuales se quiere presentar el nuevo régimen, y reduce la luz meridiana del artículo de... Dele a un mezquino reflejo de candileja. A nadie podrán deslumbrar conceptos tan... peregrinos como éstos: «La inmunidad contra persecución de que gozan los comunistas es significativa—el fascismo reconoce su parentela». «Mussolini es un hombre débil, incapaz... La leyenda de Mussolini, *el hombre tranquilo y fuerte*, debía estar a estas horas desvanecida!»

«A la verdad el fascismo es un producto alemán. Su verdadero inventor no fué Mussolini sino un hombre mucho más inteligente, (¡Oh!) Escherich, que vivió por algún tiempo en Italia hace algunos años y le dió a Mussolini sus ideas»... Y aquí, le aseguro mi distinguido amigo, que la risa y el buen humor han vencido al disgusto.

¿Quiere usted acompañarme *a più respirábil áere*, como dice Dante?

El día 10 del pasado mes de abril el profesor Gentile, ex-Ministro de Instrucción Pública, ha inaugurado en la Universidad Popular de Trieste, un curso de «Cultura Fascista». La cultura italiana — dijo — será verdaderamente tal si será cultura fascista. El criterio de que el más culto tiene el mayor número de conocimientos, aparece evidentemente falso. Un hombre puede ser un gran historiador, un gran matemático, un sabio, pero no es ésta la cultura que forma al hombre. El hombre debe, en vez, cultivar los gérmenes que se encuentran en él y que la naturaleza le ha dado para hacerse mejor a sí mismo y levantarse. Cultura debe ser comprensión, inteligencia, pensamiento, buen sentido de la humanidad, en medio de la cual vivimos. Una cultura que no sea educativa no es verdadera cultura humana. Hay hombres—dijo—que se acostumbran al ejercicio mental de elementos que son solamente una parte del todo que nos rodea, y están completamente distanciados de todo lo que es humanidad viviente y presente, distanciados de la vida misma, en la complejidad de sus relaciones. Pero la cultura nos debe hacer entender toda la vida. Debe ser instrumento del programa que el espíritu realiza en el mundo. El hombre de cultura debe comprender al mundo en su totalidad, en la universalidad de sus aspectos. Este modo de mirar a la realidad de la vida no es ciencia, se llama religión. La religión nos pone delante de todo, envuelve en su complejidad todas las cosas imaginables. Al contrario de las artes y de la ciencia, no puede ser, y no es, solamente el pensamiento de un día o de una parte, sino que es la mirada con la cual el hombre abarca toda la realidad.

La idea religiosa de la cultura, es la educación de lo que vive más íntimamente en el alma humana y le da una orientación... Mazzini fué el primero que en el siglo XIX ha renovado este ideal de cultura religiosa; orgánica cultura de hombres serios, que se distingue en creer siempre profundamente. Mazzini dice que no hay verdadera vida humana si no se concibe como una misión, si no estamos dispuestos a exponer la vida por la realización del ideal; nada puede tener valor si no sirve para educar al hombre, al italiano. El Fascismo, para los que se adhieren a él con el alma, es una fe que se apodera de las personas. ¿Cómo podríamos mirar esta realidad qu ees la Patria, si no tuviéramos una religión? ¿Cómo podría el Fascismo mirar a esta realidad, si no tuviera una religión? Debemos buscar los medios para que esta religión llegue a renovar las almas. Nosotros sentimos que los nuevos destinos a los cuales Italia está llamada no pueden ser sino el fruto de un alma nueva; nuestra cultura, pues, ha de renovar nuestras almas.

La idea de asignar abolengo al *fascio littorio* en la doctrina mazziniana no es, pues, solamente mía. Pero, si aun así, alguien no ve posible el entronque, enséñele usted este telegrama dirigido últimamente al nuevo secretario general del Fascismo:

«La Comunidad Mazziniana Nacional, orgullosa de su disciplina a los mandamientos del Dux, saluda en usted al tenaz, al sagaz constructor, al alferes animado de los más generosos ideales sindicalistas que el Fascismo prepara íntegra y sanciona por la gloria, por el bien de Italia y de la Humanidad.

ARTIMINO OLIVIEN,
Presidente».

¿Buscar entronque a qué, a quién y por qué, si el mazzinianismo mismo se ha entroncado hace tiempo al Fascismo, espontáneamente?

Su sincero admirador,

ANTONIO ZANETTI

Carta del señor Fernández Guardia sobre el último Concierto

San José, 27 de mayo de 1926.

Señor don Juan Loots y compañeros.

Me dirijo a ustedes bajo la gratísima impresión que me produjo el hermoso concierto de la noche del 25 en el Teatro Moderno. Un público numeroso premió con sus aplausos entusiastas los esfuerzos que ustedes realizan en pro del arte musical; y ese triunfo merecido habrá de ser el mejor estímulo para no desmayar en la obra de cultura emprendida por ustedes.

Confieso que ese concierto fué para mí una serie de sorpresas muy agradables: el teatro lleno de bote en bote; la profunda atención con que el público escuchaba obras de Beethoven, Berlioz y otros grandes maestros; la excelente ejecución de estas obras por una orquesta que acaba de formarse y en la cual despuntan ya valiosos elementos: los comentarios favorables de la concurrencia... Todo esto indica que el *jazz band* y el *bataclán* no han hecho aún todo el daño que se supone.

Noto con pesar que el muy laudable esfuerzo realizado por ustedes no ha tenido en general el apoyo a que es acreedor de parte de la Prensa, y que los mismos diarios que dedican páginas enteras a los menores incidentes del futbol, guardan silencio sobre el concierto del Teatro Moderno, que ha sido, a mi juicio, un acontecimiento artístico de gran importancia. Tal vez piense yo de este modo por ser un rezagado. Hace pocos días me lo dió a entender así un periodista de la novísima escuela, el cual sostiene con razones contundentes, que los que saben escribir no deben meterse en hacer los diarios, porque el público no tolera sus producciones.

En todo caso no deben ustedes desalentarse y mucho menos después de tan brillante principio.

Vaya para todos ustedes el más sincero aplauso de su muy atento servidor,

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(*La Tribuna*, San José de C. R.)

El Teatro del Mirlo Blanco

Pío Baroja, autor y actor

=De *La Nación*, Buenos Aires=

Lo que en otro tiempo y en otro momento no pasaría de una simple nota de sociedad, la representación teatral dada en una vivienda privada para solaz de amigos e invitados, ha venido a tomar, en el Madrid de hoy, tan fecundo en producciones teatrales como vano en las más de ellas, categoría de acontecimiento artístico. El Teatro del Mirlo Blanco—denominación eslavizante, que, lejos de creerse llamada a competir con «El Murciélago», «El Pájaro Azul» o «El Gallo de Oro» rusos, indica el propósito de cultivar un arte recatado, fuera de toda pretensión industrial—se llama así, no desde sus comienzos, sino desde que el éxito de su primera representación hizo ver la posibilidad y la conveniencia de continuar la serie. Exito, desde luego, reducido, pero en el que fué posible ver, además de la natural cortesía y de la necesaria complacencia con que se estima el esfuerzo de los amigos, un sentimiento de índole superior.

El Teatro del Mirlo Blanco nació por voluntad de una dama española, doña Carmen Monné de Baroja, esposa de Ricardo Baroja, pintor, dramaturgo y hombre de variadísimas aptitudes, hermano de Pío Baroja, el gran novelista. Un grupo de amigos se ofreció a secundarla, y pronto hubo actores, escenógrafos y, lo que es más raro, autores: no autores de los que reducen forzosamente su aspiración a los elogios familiares, sino autores recibidos en los teatros de veras, «primeras firmas», dispuestos a dar producciones al naciente teatro.

El hogar de los Baroja, en que todas las artes han hallado siempre cultivo, se convirtió rápidamente en animado taller. La compañía que había de llevar a su enseña el Mirlo Blanco epónimo comenzó los ensayos, y un buen día, el siete de febrero del año actual, el pequeño escenario dispuesto en el salón de la casa descorrió por vez primera sus cortinas. Como el salón era más estrecho que el público fué necesario repetir dos y tres veces, en días sucesivos, las obras, y otro tanto ocurrió en marzo con el nuevo espectáculo.

No dejan de ser frecuentes las representaciones privadas, ya en salones aristocráticos, donde nada se escatima, ya en locales públicos, por aficionados que carecen de todo menos de valentía y déseo de divertirse. Pero tanto en un caso como en otro la imitación de los teatros en boga es parte principal del programa. Se prefieren las piezas de éxito. Los actores imitan a las notabilidades teatrales, y cuanto más afortunada es la imitación más vivo es el aplauso.

«El Mirlo Blanco» empieza por desdeñar un poco la actualidad. Se siente fuerte, con sus pintores, que están al tanto de las nuevas tendencias decorativas; con sus actores, capaces de entender un texto e interpretarlo fielmente; con sus autores, que no están, por cierto, al alcance de cualquier teatro grande.

El escenario está dispuesto en un fondo de salón, rincón íntimo, techado más bajo que el resto de la pieza porque otra pequeña habitación superpuesta, que se abre en galería al ámbito mayor, le corta la mitad de la altura. Poco más alto es el escenario que un hombre puesto en pie; y la profundidad tampoco es mucha, como puede comprenderse.

En estas condiciones los escenógrafos han tenido que hacer maravillas; pero si la escenografía no es esto, hay que convenir en que no tiene razón de ser. Sucesivamente hemos visto aparecer en ese escenario una sidrería vasca, un café madrileño de barrio, una botica de pueblo, la estancia de un enfermo y la de un moribundo, el gabinete íntimo de un hipnotizador. En el caso del café madrileño, una disposición ingeniosa sugería, tras el primer recinto, otros más amplios. Los demás lugares veíanse justos, y en el caso de la botica de pueblo, el aprovechamiento de la galería superior, que daba a la escena dos frentes superpuestos, llegaba a producir un efecto interesantísimo.

Claro está que la tendencia simplificadora, impuesta no sólo por limitación de local sino por el sabor moderno que se ha intentado dar a las decoraciones, era la predominante. Y ésta se ha conseguido tanto por medio de la buena combinación de colores valientemente modulados (en la botica), como por sordas entonaciones de interior (en la vidriera vasca), o por juegos de claro-obscuro, casi de aguafuerte (en la cámara del moribundo). Bien se ve que no son meros aficionados los que lo han llevado a efecto, sino pintores capaces de realizar en grande las obras que el teatro grande no juzga necesarias entre nosotros, atento, con muy contadas excepciones, al concepto cuyas normas estéticas no rebasan el nivel marcado por las páginas en color de las revistas ilustradas burguesas.

Mas, hablemos ya de las obras. Sólo un autor extranjero, el norteamericano O'Henry, ha sido representado en «El Mirlo Blanco»: el diálogo *Miserias comunes*, en que un ladrón reumático penetra en la habitación de un enfermo de reuma, a quien ya se le pasa el ataque, y la común enfermedad une los ánimos de aquellos dos hombres que parecían llamados a no entenderse en el terreno de lo tuyo y lo mío. Lo demás es todo español.

Una autora, Beatriz Galindo (seudónimo de D.ª Isabel Oyarzabal de Palencia), ha dado un apunte de drama sintético. A la cabecera de un moribundo, discuten la ciencia y la fe, se libra el combate entre el amor egoísta y el amor abnegado, que encarnan la mujer a quien amó el que va a morir y la mujer que le amó. Diríase un tema de moralidad medioeval, de auto alegórico, trasladado a nuestros días. Es, quizá, demasiado rápido; pero su rapidez es voluntaria. Beatriz Galindo, novelista de consideración, escritora y conferenciante muy culta, ha dado a conocer así, a unos pocos, su primera obra de teatro.

Otro autor nuevo, aunque su nombre, en el periodismo, en la vida teatral activa, en la literatura, como buen cuentista y poeta, como excelente traductor de obras italianas (desde las *Fioretti*, el *Convivio* y la *Vita nova* hasta los dramas de Salvatore di Giacomo), Cipriano Rivas Cherif, ha representado su propio «paso de grand guignol» que titula *Trance*. Un hipnotizador, hombre de la buena sociedad, logra dormir a una dama que se presta a servirle de sujeto. El espíritu de otra mujer fenecida—la historia pasional del hipnotizador — se apodera del cuerpo transido y le comunica su fuerza irresistible, que acaba con la vida del hombre. El acto está bien ponderado. El diálogo va dando entrada al interés entre sus mallas, finas e irónicas y el desenlace llega, escalofriante, en el momento oportuno.

Como se ve, «El Mirlo Blanco» no le teme a la emoción. También el cuadro *Marinos vascos*, de Ricardo Baroja, desarrollado en noche de tormenta, entre las llamadas angustiosas de la sirena de un barco en peligro y las oraciones de las mujeres por los que están en riesgo de naufragio, pone a prueba el corazón. Ricardo Baroja ha encuadrado en ese fondo un ejemplo de abnegación, de un viejo que se sacrifica por el bien de los que aun tienen delante de sí toda una vida.

Y hasta el *Adiós a la bohemia*, de Pío Baroja, conocido ya porque anda impreso en el *Nuevo Tablado de Arlequín* y porque lo representó, con gran éxito popular, la actriz Mercedes Pérez de Vargas, dió a los invitados de «El Mirlo Blanco», en la primera función, un sorbo de amargura.

He aquí, pues, que sólo un autor extranjero hubiera representado el buen humor, si el primer día unas escenas escogidas de *Los cuernos de don Friolera*, de Valle Inclán—las del guiñol en el comienzo y el romance final,—recitadas a cortina corrida, asomando los muñecos en el principio por encima de los hombros del recitador envueltos en larga capa hasta los pies, y trazados los episodios trágicos del romance en un cartelón por la mano infantil de Julio Caro Baroja, en quien retoña el espíritu de la casa, no hubiera dado, con toda su crudeza y energía, una sensación de alacridad; y si, en la función segunda, no hubiera aparecido ya la obra maestra de «El Mirlo Blanco» en las escenas de la farsa escrita expresamente por Pío Baroja con el título de *Arlequín, mancebo de botica o los pretendientes de Colombina.*

Los personajes de la comedia italiana vuelven a hacer sus muecas de amor y de broma en la farsa del autor de *El árbol de la ciencia*. Un Pío Baroja humorista no es, propiamente, una novedad. Pero un humor tan risueño, tan despreocupado, tan fácil

para la expresión vivaz, tan vigorosamente animador de los tipos de pretendientes, el medicastro, el albéitar, el gendarme, del gracioso lacayo y la empingorotada condesa, del boticario Pantalón, padre de Colombina, y del aturdido mancebo Arlequín, cuya arisrocrática cuna se descubre al final, no había dado, tal vez, fruto tan espontáneo y gracioso en la obra del novelista vasco.

La pauta de «comedia dell'arte» es tan amplia que en ella cabe toda suerte de variaciones. Pío Baroja ha matizado las suyas con ese buen sentido de realidad, con ese garbo irrespetuoso de que hay atisbos en muchos pasajes de sus novelas. Parecía como si en la botica del señor Pantalón se despachara la receta contra la melancolía, el antídoto contra los estados de ánimo producidos por las sucesivas impresiones dramáticas.

Una obra inédita de Pío Baroja, aunque sea en un teatro privado, bien puede considerarse como un acontecimiento, y más aun si se tiene en cuenta que el autor, a la hora del reparto de papeles, reservó uno para sí. Pío Baroja, que ya había salido a la escena como actor, en un papel de pocas palabras, en el *Adiós a la bohemia*, fué un perfecto señor Pantalón. A la gravedad del personaje substituía en su cara una constante sonrisa. La escena en que Pantalón alecciona a Arlequín, hízola el novelista acompañado por Rivas Cherif, en quien el atolondrado mancebo encontró toda su travesura, como un actor consumado.

¡Buen capítulo para la biografía del «hombre humilde y errante», del humorista a veces malhumorado! Pío Baroja, y los actores de «El Mirlo Blanco», señorita Natividad González, señoras Bach de Goldenberg, Juan de Benito, de Palencia, de Caro, de Abreu, señores Baroja (R.), Rivas Cherif, García Bilbao, Vighi y de la Fuente, merecen ver consignados sus nombres en el frontón del templo de Talía.

ENRIQUE DÍEZ CANEDO

Madrid, abril de 1926.

La canción que yo canto

La canción que yo canto, viajera como el viento,
esparce por la vida sonrisas y lamento.

Y es ardiente y salvaje, dolorosa y serena.
Como mi vida es ella: no sé si será buena...

Estremecida vibra, lúgubre y desolada,
y también se retuerce como una llamarada.

A veces lleva un eco de ese ritmo inaudito
de alegría que el hombre jamás deja transcrito.

Es el hondo deseo, como inefable urgencia,
de aprisionar en ella la divina cadencia

conque se desenvuelve mi interior poesía
en la idea que irrumpe, cual rara sinfonía.

Mas no canta las dulces posesiones del beso,
ni pregona el estrago del Dolor, en exceso,

porque el amor no debe desnudarse ante el mundo...
Mi canción enmudece, con recelo profundo.

cuando exaltar pretendo los goces del Amor
en su conjunto sacro de besos y dolor...

(Hacer público alarde, tan sólo por cantar
como cualquier motivo cotidiano y vulgar,

los hermosos instantes de mi amor, sólo fuera
a la pasión divina darle forma grosera...)

La canción que yo canto, como soplo de vida,
se pierde en los caminos, errante y dolorida;

pasará muchas veces sia que nadie la entienda,
y alguno ha de increparla, porque quizá le ofenda.

EDUARDO URIBE

Buenos Aires, Rep. Argentina, 1925.

Tú me quieres blanca

Tú me quieres alba,
me quieres de espumas,
me quieres de nácar.
Que sea azucena
sobre todas casta.
De perfume tenue
corola cerrada.

Ni un rayo de luna
filtrado me haya;
ni una margarita
se diga mi hermana.
Tú me quieres nívea
tú me quieres blanca,
tú me quieres alba.
Tú que hubiste todas
las copas a mano,
de frutos y mieles
los labios morados.
Tú que en el banquete
cubierto de pámpanos
dejaste las carnes
festejando a Baco.
Tú que en los jardines
negros del Engaño,
vestido de rojo,
corriste al Estrago.
Tú que el esqueleto
conservas intacto
no sé todavía
por cuáles milagros,
me pretendes blanca,
(Dios te lo perdone,
me pretendes casta)
(Dios te lo perdone,
me pretendes alba).

Huye hacia los bosques,
vete a la montaña;
límpiate la boca;
vive en las cabañas;
toca con las manos
la tierra mojada;
alimenta el cuerpo
con raíz amarga;
bebe de las rocas;
duerme sobre escarcha;
renueva tejidos
con salitre y agua;
habla con los pájaros
y lévate al alba
y cuando las carnes
te sean tornadas
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
pretendeme blanca,
pretendeme nívea,
pretendeme casta.

ALFONSINA STORNI

(*Envío de E...*)

Con Ada Negri

Por Gabriela Mistral

Nuestro Cónsul en Milán, ese fino hombre que es don Roberto Suárez Barros, nos lleva a visitar a la poetisa, la mejor de Italia en todos los tiempos. Ella tiene para mí la fuerte atracción de la poesía social y del verso bravamente vertebrado, ambas cosas hijas de un espíritu protector. (El débil no protege).

Ada Negri nos esperaba, y no hicimos antesala. Entramos a una estancia mediana, y empieza nuestra conversación, medio italiana y medio española. Yo observaré luego que el español va golpeando a las mejores puertas de la cultura europea. Lo estudian mis tres entrevistados ilustres: Romain Rolland, Papini y Ada Negri. Ella me cuenta su aventura de leer algunos de mis versos en castellano y me dice, por hazaña graciosa, una estrofa de las *Rondas* en un castellano bastante decoroso. Yo, ciertamente, no me atrevo a devolverle la fineza con sus versos...

La miro, y me gusta encontrarla así, con una carne bien leal a su poesía. Ada Negri está cerca de los cincuenta años, es morena y de facciones fuertes; la gran brasa de *El Libro de Mara* ha quemado bien lo que fué su gran cabellera dura. Muy expresivo y negrísimo el ojo. Pulcra, sin ningún exceso en el vestido. Muy señora española, para decir llena de dignidad natural, y con el justo sentido de quien es rigiéndole la palabra y la actitud.

Se habla de poesía de mujeres. Ella mira hacia la América y recuerda con singular cariño a Alfonsina Storni, la argentina. Yo le hablo de Juana de Ibarbourou y de María Enriqueta. Conversamos haciendo una y otra la diferenciación entre la poesía apasionada y la del «profesionalismo sexual». Ada Negri admira a la Condesa de Noailles y la arranca del segundo grupo.

Entonces yo le alabo la generosa humanidad de los volúmenes máximos de su obra, que yo sólo he conocido en México, gracias a una traductora bondadosa. Alguna vez se ha aludido al influjo de esos mismos volúmenes en mi pequeña obra. No soy yo de quienes niegan paternidades que les honran, y rechazan el Adán o la Eva literarios, como si alguien pudiera venir directamente de la boca del Espíritu Santo... Pero esta honra, que yo llevaría con gozo, no me corresponde, pues en Chile yo he conocido no más de dos poesías, pésimamente traducidas, por cierto, de la italiana genial, y ha sido hace poco, después de publicado mi libro, cuando la marejada de sus poemas me ha caído en el pecho.



En este punto de la conversación, mi Cónsul, propagandista generoso de nuestra literatura, me alarga la *Antología* de Donoso, para que yo la obsequie a la poetisa. Pongo unas palabras en el grueso tomo y dejo el libro en sus manos, después de marcarle a nuestra mejor poetisa, a María Monvel, para que le sea fácil su encuentro con ella.

Me pregunta de pronto si he visto en Nápoles a Matilde Serao y hace de ella un sobrio elogio. En seguida comenta una broma de la napolitana sobre el último libro de D'Annunzio. Verdaderamente, habría dicho ella, *Il venturiero senza ventura* soy yo, porque allí no entiendo nada. El comentario se clava en un largo rato sobre el hombre de los *laudes*, que acaba de ser elevado a un principado y que, viejo y todo y horriblemente egotista, sigue siendo en la literatura lo que los Apeninos en la Península: su tremenda columna vertebral. Hablamos de la muerte, en tierra extraña, de la magnífica Eleonora Duse. Ada Negri se expresa de ella con enternecimiento; la conoció mucho: fué madrina de su hija. Guardando la memoria de la muerta con este amor, no es posible dejar de poner en el elogio del poeta una gota ancha de vinagre rencoroso. Pero mi Cónsul, un d'annunziano, es uno de esos pocos hombres de religiones absolutas y no nos deja decir demasiado...

El último gran libro de D'Annunzio, dice Ada Negri, es *Notturno*. En el *Venturiero senza ventura* el egotismo de un hombre ya anciano empalaga. A esa edad, es bueno ya ponerse en la otra orilla y hablar de otras cosas.

Lo dice sin restar nada a la gloria de este hombre, que está ya (con no más de cuatro de Europa) liberada de la corrupción y la muerte.

La poetisa ahora quiere alguna cosa grata a la gente americana y toma de su escritorio un calendario azteca, que le ha sido obsequiado por una italiana establecida en México. Es la noble medalla repartida en el Centenario del Brasil. Para ella se borra lo circunstancial del objeto y queda sólo su calidad de testimonio magno de una cultura americana.

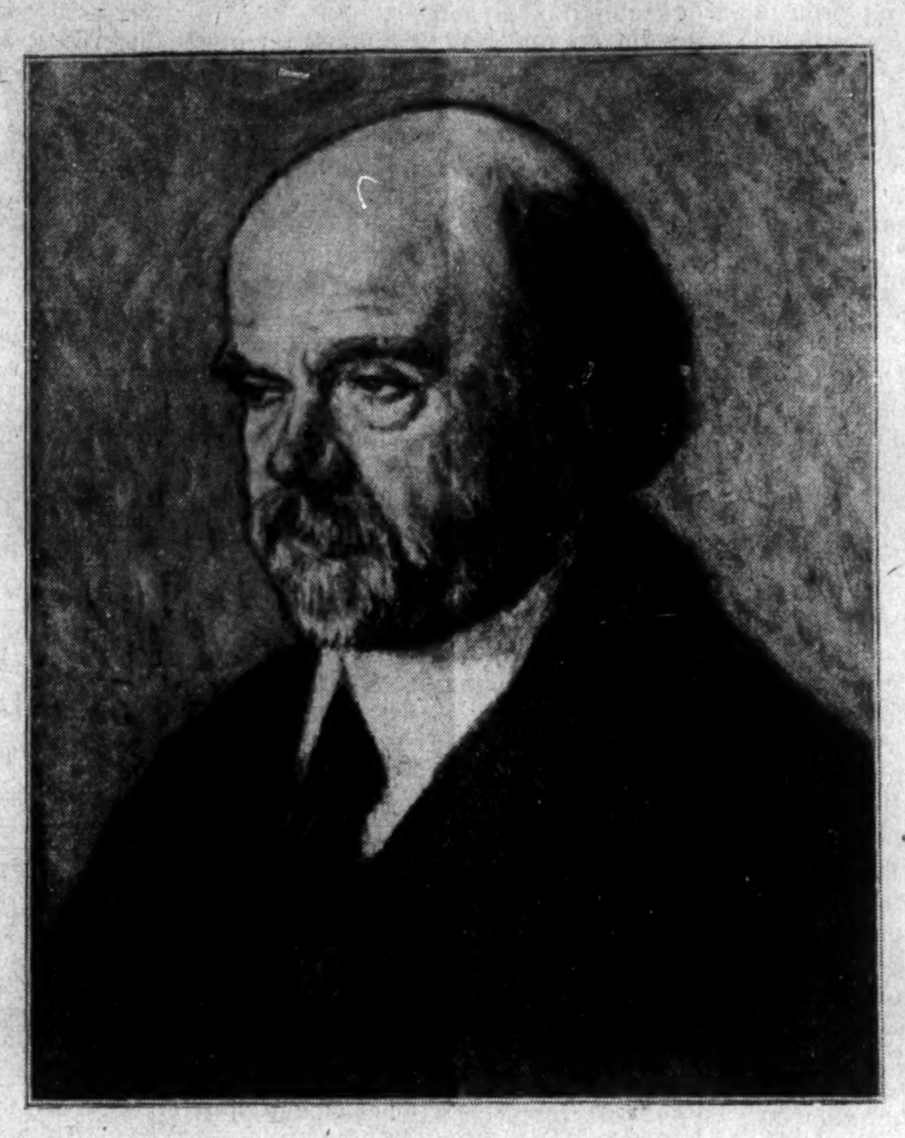
Le damos noticia de alguna excelente traducción de sus poemas hecha por González Martínez. Yo le digo mi extrañeza de que en nuestra lengua no exista todavía una traducción más o menos completa de su obra. Ella piensa en la fatalidad divina del verso, que siempre será un hemisferio intraducible de la palabra. Indica a mi compañera, que posee su lengua, la traducción de su novela autobiográfica *Stella matutina*, y le obsequia el libro.

Han entrado a la sala su hija y su nieta, una joven madre de veinticinco años y una niña graciosa de cuatro o cinco años. Es aquella la ahijada de Eleonora y la fuente de los versos eternos de *Maternidad*.

Sólo en este momento, yo pienso en la edad de Ada Negri. Y mientras se conversa de las donosuras de la niña, yo voy poniendo enfrente de esta cabeza de duro cabello blanco la otra, de los veinte años. Los versos de la gran apasionada me caen en la memoria como goterones de sangre caliente. Ahora me olvido de la rebelde que escribió los primeros poemas sociales y busco en la fisonomía sólo la vela dura donde el viento del amor golpeó bravamente. No soy de los que creen que el único acontecimiento magno de la vida sea el amor; creo que lo es tanto como ese el despertar de la conciencia al mundo de lo sobrenatural y también al de los problemas sociales y me parece la consumación de una obra de arte, suceso solemne. Pero siempre delante del ser humano superior, mientras los otros barajan títulos de

(Pasa a la página 348)

Un rato de charla con Pío Baroja



Pío Baroja

Por JUAN DE ECHAVARRÍA

Madrid, diciembre, 1925.

HA dejado de ser persona grata para los sudamericanos Pío Baroja. Injustamente, creemos, porque, ante todo, el novelista de *Silvestre Paradox* es un hombre de buen humor; y un escritor humorista, un poco hipocondríaco, sabe hacer de las suyas cuando se le ocurre, porque sí y nada más. ¡Disgustarse con Baroja por una de sus *boutades;* de sus salidas de tono, que diría un madrileño de los tiempos pretéritos de don Manuel del Palacio y de don Luis Taboada! Es preciso frecuentarle en la charla cotidiana, sentirle en la intimidad para conocerle bien. Ortega y Gasset nos decía hace poco que Baroja en sociedad, a pesar de ser un hombre huraño, resultaba el más agradable y animado de los *causeur.* Amable y cordial, logra hacerse estimar inmediatamente y su palabra cálida le granjea los amigos más devotos.

Sin embargo, los sudamericanos le temen porque creen más en sus libros que en su persona sencilla, de buen vasco zumbón. ¿Cómo le habrán de perdonar argentinos y peruanos, chilenos o mexicanos, aquellos juicios de *Juventud egolatría?* Recordemos sus palabras de violencia y de escarnio: «Entre vascos y españoles, ha escrito, es donde me gustaría tener mis lectores. Los demás españoles me interesan menos; los españoles de América y los americanos no me interesan nada... Paralelamente sucede que, a veces, en un pueblo nuevo se reune toda la torpeza provinciana, con la estupidez mundial, la incomprensión y la sequedad del terruño, con los detritos de la moda y de las majaderías de las cinco partes del mundo. Entonces brota un tipo petulante, huero, sin virtud, sin una condición fuerte. Este es el tipo del americano. América es el continente por excelencia estúpido. El americano no ha pasado de ser un mono que imita. Yo no tengo motivo particular de odio contra los americanos; la hostilidad que siento contra ellos es por no haber conocido a uno que tuviera un aire de persona, un aire de hombre».

Baroja es un ogro, pensábamos. ¿Para qué intentar verle o pretender ganar su amistad? Mas, Ortega y Gasset nos convenció de lo contrario: llegará a ser usted, nos dice, un buen amigo suyo.

Fué el primero en sonreir cuando, una de estas tardes, le conocimos en una tertulia de un amigo común. Más de una hora nos brindó su charla sabrosa, erizada de objeciones y ocurrencias oportunas. Luego, en el amplio salón de su casa, entre libros y al amor de la estufa, completamos nuestra impresión, que ahora trasladamos a las cuartillas.

Un poco obeso, ya muy entrado en años; sencillamente vestido con un vestón negro y un pantalón a rayas; con su clásica boina que le protege contra los enfriamientos, el novelista parece el más honesto e inofensivo de los burgueses.

—Mis impresiones de América y de los americanos, nos decía, son las de todos; lo que sí que mientras ellos las disimulan con elogios interesados, yo las expreso rudamente, sin reparos. Por lo demás, América me interesa y creo que por muchas razones, es un ejemplo para España.

Como el tema es ingrato y escasamente propicio para las expansiones sinceras, preferimos preguntarle por sus futuras novelas, las que reclaman todas sus horas libres.

Nos habla de una trilogía próxima, la de las novelas de las ciudades después de la guerra europea:

—No sé si serán dos o tres volúmenes o acaso más, porque los libros crecen, se ramifican, se agrandan. Me ocurrirá con ellos lo que a don Quijote cuando decía, en alguna parte de la novela, que le quitaran el éxito pero no la aventura. A mí también me agrada tener estas aventuras frecuentes con los libros, que si no permiten vivir por lo menos sirven. Ya que uno no puede disfrutar de la vida como uno de esos Errázuriz de ustedes, por lo menos la imaginación debe darnos la ilusión de nuestra riqueza.

Baroja ha conocido y es muy amigo de cierta familia Errázuriz que vive en Biarritz, donde él suele pasar algunas temporadas, cuando va hasta el elegante balneario desde su rincón del Bidasoa.

Después que nos ha hablado un momento de sus próximas novelas, nos dice:

—No quiero que mi libro resulte algo así digno del que pude haber escrito; es decir, inferior a mí mismo, como le ocurre a Azorín, algunos de cuyos últimos libros parecen más los de algún discípulo aprovechado suyo. Así por ejemplo su discurso de ingreso en la Academia *(Una hora de la historia de España)* está muy bien, pero más parece una imitación de sus primeras obras. Ya ve usted su última novela: es una obra donde no ocurre nada; donde todo es tenue, barroso, vago. ¿Cómo no condenar a Azorín cuando ha escrito cosas tan buenas?

La literatura española actual no le preocupa ni le interesa mucho a Baroja; habla de ella con escaso inte-

rés y apenas si algunos nombres apuntan frecuentemente en su conversación. Por Ortega Gasset tiene grande aprecio y es uno de los valores que respeta sin reservas.

—Es lástima, dice, que pierda su tiempo Ortega en libros y artículos ligeros. No concibo que pueda escribir una obra sobre la deshumanización del arte, como si el arte pudiera ser deshumanizado alguna vez! Antes de ir a la Argentina Pepe trabajaba con más constancia, después ha cambiado mucho: parece que allí conoció un poco la vida de sociedad y algunas mujeres han ejercido influencia sobre él.

Recuerda Baroja que, estando él en su propiedad del Bidasoa, fué cierto día Ortega y Gasset, acompañado de dos damas hermosísimas:

—Estaba radiante, dice sonriendo Baroja, porque una de las bellas es hermosísima y sumamente inteligente. Pero, a pesar de todo, es sensible que Pepe pierda el tiempo en cosas frívolas cuando con su cultura y su talento de primer orden tiene obligación de hacer algo formal, todo lo que de él esperamos anhelosos.

Cuando se habla de política, Baroja habla con viva acritud: del rey dice cosas justas y amargas; del Presidente del Dirrectorio se expresa con manifiesto elogio:

—Don Alfonso es un brote tardío de Fernando VII; nada más parecido hasta en sus defectos. Hace poco nos mostraba un militar cierto almanaque en el cual ha dejado de hacerse aparecer como rey constitucional para figurar tan sólo como soberano católico. El quisiera ser rey absoluto; ir derecho al absolutismo, pero encuentra trabas que se lo impiden. Tiene algo de un rey Pompadour, porque juega siempre un doble juego, al cual nadie sabe a qué atenerse. Si un tiempo no miraba con buenos ojos a Primo de Rivera, ahora ya no piensa así. Por lo demás este último es más listo de lo que parece, tiene algo de andaluz que sabe hacer bien las cosas y que, al fin de cuentas, ha realizado una serie de cosas buenas. Lo único que nunca debía hacer Primo de Rivera es escribir o hilvanar dos palabras, porque entonces sí que se encarga de desprestigiarse por su propia cuenta. Hubiera podido hacer mucho en el Gobierno pero ha tenido que abandonarlo todo, porque Marruecos reclama tanto dinero para mantener nuestras armas victoriosas en la más cara y loca de las guerras. Y es que en esto Francia y España están enteramente ofuscadas: mientras vemos que el Egipto y la India se les van del poder a Inglaterra; que Irlanda ya se le ha ido del todo, lo cual prueba que los grandes imperios no pueden subsistir, Francia pretende sojuzgar todo el Africa y España quiere seguir esas huellas. Mientras haya grandes guerras Francia podrá traer de sus colonías grandes ejércitos de negros· pero llegará un día en que haya caminos, en que se terminen las fiebres palúdicas, en que los africanos aprendan a cultivar la tierra, y como les basta para vivir con un puñado de habichuelas, entonces acabarán por arrojarlos de sus tierras fácilmente.

Baroja se muestra muy interesado por América. Nos pregunta largamente sobre Chile. Se sorprende no poco cuando le decimos que ni hay indios, ni existen los negros. Nos dice que tiene allá algunos parientes cercanos y que sus reservas para aquellas tierras apenas si tienen importancia, porque son hijas de impresiones demasiado ligeras:

—No todo lo mejor de ustedes llega por acá. Vienen tantos jóvenes apresurados, con deseos de hacer carrera literaria inmediata y no resulta raro que España no pueda crearles la situación que ellos buscan, ya que ni los propios españoles logran alcanzar esa situación. Algunos hispano-americanos llegan a Madrid con rabias contenidas sobre las cosas políticas de sus tierras y vienen a desfogarse entre nosotros, cosa que a nosotros no puede interesarnos.

Aunque no piensa ir a América, Baroja dice que le agradaría visitar el Perú, México, que tienen carácter e interés autóctono, todo el sabor de las viejas civilizaciones. Pensamos en todo el campo de observación que encontraría el novelista para futuras grandes novelas de la raza.

Le preguntamos, finalmente, por qué en su casa editorial no inicia una buena biblioteca de novelas, y Baroja nos replica inmediatamente:

—Usted no sabe lo difícil que es encontrar traductores. Vea usted el caso de la *Revista de Occidente* y particularmente el de Morente, que es seguramente uno de los mejores conocedores del alemán. El tradujo la *Decadencia de Occidente* y esa traducción debió revisarla enteramente Ortega y Gasset. Yo le hacía notar un día a Pepe que esta versión me hacía el efecto de una moneda que tuviera su cuño medio borrado. Ortega verificó esto un día estableciendo un cotejo con el original. Y es que hay algo que el traductor no puede dar: eso reside en las palabras: en el sentido gráfico de las palabras, podría decirse. Ya ve usted el caso de *Los endemoniados*, de Dostoievski, que publicó Calpe, cuya versión tuvo que hacerla uno que sabía ruso y otro que sabía escribir el español.

Largas, largas pláticas hemos gustado junto a Baroja, durante nuestros días madrileños. Hombre amable y cordial, acoge con franqueza, sin reservas y sabe ser el mejor y el más interesante de los amigos. La leyenda del otro Baroja, huraño y violento, encerrado en un silencio agresivo; enemigo de todo y de todos, no pasa de ser más que una leyenda. Este Baroja que hemos tratado a diario, en una cordial intimidad, sabe llevar muy bien su *smocking* y ser el más fino de los *causeur* entre las mujeres.

ARMANDO DONOSO

(El Mercurio, Santiago de Chile).

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de **10** cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscricion anual, aislada y directa: **$ 6** oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del REPERTORIO AMERICANO
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

Una carta de Waldo Frank

Aclaraciones a un concepto de Ramiro de Maeztu

En un artículo titulado *Inglaterra y Estados Unidos*, de nuestro distinguido colaborador don Ramiro de Maeztu, que publicamos en nuestro número del 22 de noviembre último, aquel escritor habla del movimiento antiinglés que se nota en los Estados Unidos y citaba a varios escritores y publicistas que dirigen ese movimiento. Hacía al mismo tiempo notar que los que así proceden pertenecen a las minorías étnicas de la población de los Estados Unidos, es decir, que no son de raza anglosajona, sino en su mayor parte alemanes y judíos. Uno de los escritores que citó en su artículo el señor Maeztu, Mr. Waldo Frank, nos ha dirigido una carta, la que, además del objeto que su autor persigue, contiene informaciones sobre ciertas corrientes que existen ahora en la gran república norteamericana. He aquí la carta del escritor Waldo Frank:

«Señor director de *La Prensa:*

Acabo de enterarme de un artículo del señor Ramiro de Maeztu, que *La Prensa* publicó en su número del 22 de noviembre de 1925, y que contiene algunas manifestaciones tan serias, que me creo en el deber de llamar su atención sobre ellas. Temo que el señor de Maeztu, con quien tuve el agrado de encontrarme y por cuya obra profeso el más alto respeto, no haya profundizado y aclarado por completo el caos cultural que encontró en su reciente visita a los Estados Unidos. Me inclino a creer que el hecho de haber incluído a Mr. H. L. Mencken entre los escritores judíos de los Estados Unidos simboliza los errores que llevaron al conocido ensayista español a sus conclusiones.

El señor de Maeztu sostiene, en resumen, la tesis de que la mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos son esencialmente anglófilos, por ser de origen anglosajón, y que el llamado movimiento antiinglés se limita a las minorías étnicas, principalmente alemanes y judíos. Cita como jefes de ese movimiento a Mr. Mencken, Ludwing Lewinsohn y a mí. Mr. Mencken tiene algunos alemanes entre sus antecesores, es cierto, pero no es judío, y la gran mayoría de sus discípulos son descendientes de habitantes de la Gran Bretaña. Otros jefes del movimiento, y a lo menos tan importantes como los tres escritores citados, son hombres como Van Wyck Brooks, Randolpn Bourne, Lewis Mumford, Sherwood Anderson, Harold Stearns (podría prolongar la lista), escritores cuyos nombres ya indican su origen inglés, o a lo menos británico. Por otra parte, las tradiciones en que todos estos hombres modernos fundan su rebelión antiinglesa fueron creadas por Walt Whitman, Abraham Lincoln, Edgar Allan Poe, Herman Melville, profetas de la nueva América que, como bien lo sabe el señor de Maeztu, no son alemanes, ni judíos.

Lo cierto es que mi amigo madrileño no se percató del fondo de nuestra rebelión contra el antiguo estado de cosas representado principalmente por nuestra antigua cultura de Nueva Inglaterra. El norteamericano era seguramente antiinglés en los tiempos de Washigton y de Lincoln, pero nadie lo es ahora.

Somos tal vez antipuritanos, pero es norteamericano el puritanismo que atacamos; la intolerancia puritana que combatimos—y de la que son ejemplos el Ku Klux Klan, la prohibición y la restricción de la inmigración—es una manifestación de nuestro propio desarrollo, y tiene pocas analogías en la vida de cultura de Inglaterra. Por otra parte, así como en los días de nuestra revolución los adversarios políticos de Inglaterra eran de origen inglés, en nuestros días los adversarios de la cultura del puritanismo de Nueva Inglaterra son, en su mayor parte, hijos y nietos de puritanos de esa región. Gorham B. Munson y E. E. Cummings, dos jóvenes jefes de la rebelión constructiva que el señor de Maeztu llama antiinglesa, son hijos de pastores puritanos, y de pura raza anglosajona. En nuestra América, la línea divisoria se extiende a lo largo de la ideología y no de las divisiones étnicas. Hay judíos que son defensores de la cultura puritana y del imperialismo industrial británico, y hay hijos de puritanos que, conjuntamente con negros, irlandeses y judíos, han declarado la guerra a la tiranía ancestral de Nueva Inglaterra. Y los más grandes profetas de esta nueva América, que sin animosidad hacia la tierra de Shakespeare y Milton, insisten en que América sea la hija del mundo entero, son precisamente hombres por cuyas venas corre la sangre de Inglaterra. Los más grandes profetas del americanismo, que es antipuritano, anticolonial, y que insiste en que estén representadas y transfiguradas en el nuevo mundo todas las culturas del viejo (inclusive la inglesa y la judía), son Whitman, Melville, Lincoln, Thoreau, Poe, hombres de origen exclusivamente inglés o como en el caso de Thoreau, de Nueva Inglaterra. Por otra parte, Henry Adams, a quien el señor de Maeztu cita como ejemplo de la gran tradicion inglesa en los Estados Unidos, es significativo precisamente porque reconoció la muerte de la tradición, y saludó el movimiento de cultura mucho más profundo, que en sus días ya minó la hegemonía de los Adams y de otras antiguas familias de Nueva Inglaterra. Consiste precisamente en esto la superioridad de Henry Adams sobre sus amigos, como Theodore Roosevelt y el senador Henry Cabot Lodge, quienes permanecieron, desde el punto de vista de la cultura, «coloniales» hasta el fin de sus días.

Es importante que en la América del Sur se sepa que la nueva generación en los Estados Unidos no está dividida en cuanto a raza, y que han fracasado los esfuerzos de nuestros reaccionarios para provocar tal división. Hijos de ingleses, irlandeses, italianos, alemanes, eslavos, judíos o africanos, todos estamos unidos por un ideal que nos une sin hacernos perder nuestro fondo individual. Este ideal, revivificado, será el creador de la raza americana, si tal raza ha de haber.

Saluda a usted atentamente,

WALDO FRANK

(*La Prensa*, Buenos Aires).

Con Ada Negri

(Viene de la página 344)

obras, situaciones y otras zarandajas, yo quedo pensando en la forma que, como una nube, el amor adquirió sobre él, en la voz que tuvo el dominador y en el acento que tuvo la vencida, respondiendo.

El penúltimo libro de poemas de Ada Negri, fué publicado hace unos doce años a esta parte. Contiene, me digo, la voz del amor consciente, que acaso haya sido el último, una voz grave y rica, como la de un viejo órgano, que cubre flautas y violas. Es *El libro de Mara*. Poesía breve, imperiosa y ardiente. Al revés de la de D'Annunzio, no sé qué urgencia de entregar lo esencial le ha quemado toda ramazón retórica; apretadura de sales y quemadura de yodos. Vuelvo al plano de la conversación. Mi Cónsul ha aludido a los retratos de la sala y, voluntariamente, lleva la charla al señor Mussolini. Ella se levanta, descuelga la fotografía de éste y me la alarga...

—Este hombre, digo mirando a la poetisa cariñosamente, para no lastimarla en su amistad, es muy grande y ha creado una nueva atmósfera en Italia, y acaso en el mundo, mas yo no lo admiro. Pienso que es *verdad para todos los tiempos*, el que la violencia no crea nada estable o que, sus creaciones no están entre las cosas benditas.

Ada Negri empieza la alabanza del que para ella es el italiano mayor. Mi Cónsul, visiblemente dichoso, le dice con voz calurosísima:

—¡Convénzala, *Donna Ada*, convénzala, *Donna Ada!*

La admirada mujer me va hablando con una vehemencia muy digna de ella, del estado de Italia al advenimiento del fascismo.

—Se le debe, dice el aire respirable del orden, la solidez en que ahora se asientan las instituciones. Tiene Mussolini su ansia organizadora puesta en cada uno de los aspectos de la vida italiana, trabajo, historia, literatura, todo. Añade a su juicio político su impresión personal del amigo. Yo la escucho con profundo respeto, sin que deje de contar, a mi vez, lo que yo he visto en mis siete meses de Italia y lo que se lee en la prensa de oposición. ¡Es tan difícil que Ada Negri, mujer de Europa, comprenda los puntos de vista de una maestra de República, aún cuando ella sea también la antigua maestra rural de los cantos justicieros! Más difícil le fuese todavía comprender el por qué una católica, es decir, un individuo con agudo sentido de jerarquía, no acepta el fascismo, sistema basado, según se dice, en la jerarquía. Yo no sé qué vieja cristiana habla dentro de mí, recordando que el Fascio es el hijo del Imperio romano, y que el Imperio, con estas mismas fuerzas, la imposición, el poder militar y un Derecho sombreado por las armas, mató hace dos mil años, con brazo judío, al mas Excelente de los hombres, en una colina del Oriente. Siempre, eternamente, la Fuerza matará a Jesucristo, al Espíritu, donde quiera que aparezca.

La conversación política no alcanza, afortunadamente, a malograr la muy noble cordialidad del grupo. Se tratan algunas cosas más, insignificantes y afectuosas. Después nos despedimos, y yo agradezco la honra que me ha sido dispensada con tanta largueza. Algo incompleto hubiera en mis buenas alegrías, sin esta tarde en que he recibido sobre mí el aliento de una vida superior, y, sobre todo, la visión neta de *una mujer latina en grande.*

De regreso al hotel, mi querido amigo Suárez Barros comenta todavía el convencimiento fascista de *Donna Ada.* Yo me he apartado ya de la discusión política, y vengo recordando el pasado, novelesco y doloroso de la escritora. Me acuerdo de su madre obrera, cuya mano mutilada en una fábrica abrió la conciencia de la niña hacia la suerte de los pobres; me acuerdo de la maestra primaria, que pasa a ser más tarde, y que oyó en una hora sobrenatural, como la de San Pablo en el camino de Damasco, la voz de las madres del pueblo, que decían: *¡Tú que puedes*, sé la garganta de nosotras! Escuchó y dió respuesta de caliente afirmación. Dentro del fascio o de cualquier institución, ella seguirá siendo, para los que la amamos, un pecho que existe para decir la defensa de los «humillados y ofendidos».

(*El Universal.* México, D. F.)

Musas itálicas

(Véase la entrega 19 del tomo en curso).

8.—Dos coronas

de *Elena de Montenegro*

En la frente del monarca
la áurea corona rutila
con cegadores destellos
de soberbias pedrerías.
Mucho brilla la corona,
que seduce y que fascina,
y todos, al contemplarla
con admiración y envidia,
sólo ven el oro puro
y las piedrezuelas ricas.

Nadie ha visto otra corona
que ni deslumbra ni brilla;
bajo la corona regia,
ciñendo la frente altiva,
hay una diadema oscura
que de noche, cual de día,
oprime las regias sienes
produciendo mil heridas.

. . . .

Desde Dios, todo monarca
ciñe corona de espinas!

9.—Una carta

de *Ada Negri*

Una carta blanca con orla negra que viene de lejos, atraviesa las ciudades y el océano, hecha de alas como el pensamiento. Le murmuran las amplias olas del mar: «¿Tu orla negra, es, tal vez, velo y tumba de un amor destruído?» Ella calla y prosigue su mudo camino.

Le preguntan las altas voces del viento: «¿Llevas alegría o tristeza, conservas el perfume de un beso vivo o el tétrico olor de las flores de un funeral?...» Ella no contesta, no tiene risas ni tiene lamentos.

Por las montañas y por las llanuras viaja noche y día, encantado ángel sin retorno, fragmento de alma lanzado a la ventura.

Nadie le roba su secreto profundo... ¿Por qué?... ¡Quién sabe!... Tal vez es el horror de un *adiós!* desesperado, el grito de un corazón herido, la suave palidez de un rizo rubio; tal vez es gota de sangre joven, vertida por una herida recién abierta; tal vez es llanto y plegaria de una alma solitaria que sufre y que llora sin haber pecado.

Y va... y va... y llega. Enmedio de la bruma, al anochecer, con frío, llega en silencio a la pequeña y austera habitación de una mujer a quien el amor consume.

La mirada brilla, un rubor enciende las mejillas y la frente, golpea con fuerza el corazón; la blanca mano convulsa se extiende hacia la carta para abrirla... No! pequeña mano temblorosa, la hora es terrible, espera un minuto, un solo minuto aún, ávida mano pequeña y temblorosa...!

10.—Pensamiento

de *Ana Vertua Gentili*

La alegría es como un sol de invierno: se levanta muy tarde y tramonta muy temprano.

11.—El amor

de *Amalia Guglielminetti*

Nada en el mundo—como el amor se olvida—ningún entusiasmo—se apaga y se convierte—en un letargo tan profundo.—Como la estela que, en el mar—traza la nave ligera—así en el corazón la herida—de amor se hunde y desaparece.

12.—La débil voz

de *Clementina Laura Maiocci* (Bruma)

La plata esparcida por entre la negra cabellera y la frente surcada y un tenue velo ante las pupilas, no constituirían para el alma tortura alguna si al declinar la vida surgiese al lado nuestro un florecido vástago. Un niño! Oh! fúlgida, invocada luz de ternura! Oh! deseo, oh! nostagia eterna de mi languideciente juventud! Sofocado lamento que hoy siento brotar irrefrenable desde lo más profundo de mi ser! Ante los ojos, cansados de mirar en el ensueño, siempre, siempre, vuelves, amado mío, hijo de mi corazón! Me miras: y tus negros ojos son los míos! Sonríes: y tu boca triste también es la mía! La cabeza sobre tu hombro inclino y abrazada a ti, calladamente, por ti, niño querido, por ti alzo mi plegaria. ¿Qué importa que las rosas caigan de mi frente? ¿Qué importa si tus puros labios son más frescos que las rosas frescas y buscan, para borrarla, toda huella de llanto en mi rostro?

Caminar así desearía hacia la paz del inminente crepúsculo de mi vida, guiada por la mano de mi resucitada primavera y oir la palabra bendita que toda mancha funde, como llama celestial: la débil voz que balbucea: Mamá!...

13.—Cantares de la cárcel

de *Victoria Aganoor Pompili*

Flor de desventura, cuando nací, la alegría lejos se encontraba; ninguna hada bajó a mi cuna con hermosos regalos.

Mi vida fué toda de suspiros y de llantos; mi juventud fué lanzada a los vientos. Entre el desconsuelo y las penas ví desaparecer, uno tras otro, a todos los seres adorados: a ti, que tanto me querías, mi santo amor, madre mía, madre buena, madre querida... desde entonces, he quedado sola con mi dolor.

Había perdido todo; pero pedí el pan a estos dedos y a la aguja, no queriendo buscar la ayuda de nadie. Fué él quien vino a tentarme, a suplicarme y durante un año le dije que no, le dije que no, hasta que al fin, fuí suya.

Y cuando se vió satisfecho y cuando vinieron las desgracias y las necesidades de los hijos—hijos suyos—Dios los perdone! me ha pisoteado como una uva en el lagar: era uno solo y parecían cien demonios! Yo no sé cuáles y cuántas injurias me dirigía; sé que fué vil y que sus palabras fueron puñales. ¿Quién me embriagó con veneno? ¿Quién puso en esta mano un arma? ¿Quién lo hirió en el pecho?...

Madre, tú ignoras; tú duermes; los muertos olvidan la amarga vida y el perfumado Abril los cubre de flores. Yo... lloro y canto; canto para no oir, en todos les momentos, aquel grito suyo cuando cayó a mi lado...

14.—El eterno error

de *Adelaida Bernardini Capuana*

No lo dice todo y poco es lo que da: pero quien lo esperaba y hoy lo escucha, se inclina dócil al *Credo*, y parece que afirme: ah! sí, la vida es buena!

De las vigilias de armas él no habla; talvez no las tuvo, o si las tuvo emplea todo su esfuerzo para no decir que ahoga los antiguos ensueños y a otros nuevos se abandona.

Ella murmura: Hasta la muerte!... y pone la última condición y canta victoria. El no busca eternidad de fe. A la fragilidad de un amor opone otras batallas que le darán segura gloria. Es un fuerte, es un hombre, es el que no cede!...

15.—Mater inviolata

de *Ada Negri*

Un niño agoniza en el Hospital; Sor Bendita vela a su cabecera. Las manos contraídas se agitan ansiosas y la boca suspira una palabra, una única palabra: Mamá!... Los ojos velados se hacen de vidrio. Ya no vé. Pero todavía, inconsciente, implora: Mamá! Mamá! La hermana, deseando calmar aquella agonía, dice mintiendo con su voz armoniosa: Aquí tienes a tu mamá, calla, ¿no sientes mis caricias y mis besos?; estaré contigo hasta que recobres la salud; calla! Vendrá el próximo Abril alegre y florecido y a tu encantadora carita volverán los colores de antes: cálmate, calla, duerme, cerca de tu madre que te adora!...

Se tranquiliza el niño. El moribundo rostro se ilumina con la última sonrisa: entre las invocadas alas maternas expira aquella almita consolada, en paz...

Cuando el alba vuelve encuentra a la hermana inmóvil, cerca del muertecito, de rodillas: en sus hermosos ojos brilla una nueva luz: un espasmo extraño, una difusa onda de amor satura su vida; sobre un mar glauco y rumoroso ve abrirse una puerta de oro; le parece desaparecer en aquellas inmensas ondas, tiembla, comprende y se siente morir!...

16.—Flor de pensamiento

de *Irene Zocco*

En la vida siempre somos mucho de lo que fuimos durante nuestra juventud!

17.—Guía invisible

de *Margarita de Saboya*

Una mujer que posee tacto y posee bondad puede ser una valiosa colaboradora para cualquier hombre; puede llegar a ser la única directora de su vida.

Selección y traducción de José Fabio Garnier

Página lírica

de Simón Latino

Elogio de una muerta

A Rogelio Sotela

Era buena,
era, como el alba, pura;
blanca como el nardo su frente serena!
negra cual la noche su pupila oscura!

No sé qué secreto prestigio
tenía su alma de mujer sencilla,
mas—si hablaba—era su voz un prodigio!
y—al mirar—sus ojos una maravilla!

Yo la quise mucho, yo la quise mucho...
Todavía en mis horas crueles
escucho
su voz, ¡oh resumen de versos y mieles!

Su voz, hecha sólo para la ternura,
tenía un encanto tan hondo y potente,
que si descendía sobre el alma oscura,
milagrosamente,
el alma quedaba luminosa y pura!

Sus manos tan blancas no hubieron iguales!
Qué lirios galanos,
qué flores preciosas
pueden compararse con aquellas manos
que iban por el mundo deshojando rosas,
sembrando cariños,
como las gloriosas
manos de los niños.

Era toda ella como una azucena!
Era toda ella como una paloma!
Y cuando la herían, era como el sándalo
que por las heridas derramaba aroma!

Ah, pobre del alma que supo quererla
durante la vida:
¿para qué la hiciste, Señor, tan querida,
si es para perderla?

El cielo se calla,
porque el cielo sabe que la necesita:
fué ángel, es bueno que al cielo se vaya.

Mas, vosotras, niñas, cubrid de azucenas
la tumba en que posa
callada:
mañana, en los cálices, veréisla asomada:
No ha muerto: reposa.

Bogotá, Colombia.

Elogio del monte

I

¡Yo vengo del monte! ¡Yo vengo del monte!
Y traigo en mis manos,—enantes escuálidas,
hoy ásperas, como cuernos de bisonte,—
rosas cardenales que ayer fueron pálidas...
¡y en el pecho, el ansia de un nuevo horizonte!

¡Yo estuve en el monte! Curioso, potente
crucé las praderas bajo el sol caliente.
Mis brazos midieron los árboles rudos,
hundí en el arroyo mis miembros desnudos,
y, cuando la tarde serena moría,
jinete en furioso corcel, mi sed era
beberme en un soplo la monotonía
de la carretera...

Bajo la arboleda de mangos floridos,
sobre la hojarasca colmada de aromas,
soñé muchas tardes... ¡Qué arrullos! ¡Qué ruidos
los de las palomas
tejiendo sus nidos!
¡Y los azulejos picando las pomas!
¡Y los labradores de rostros curtidos
cantando en las lomas!

¿Sufrí?—Nó. Mis manos en la tierra dura
cavaron el hoyo de la sepultura
donde dejé toda mi vieja amargura...

Milagrosamente, la tristeza mía,
como un ave negra de pesado vuelo,
se perdió en las cumbres de la serranía;
mi vida, que enantes nubló la quimera,
percibió las notas de una epifanía
bajada del cielo:
era la alegría
de la primavera,
¡de una primavera que no conocía!

II

Yo del monte traigo muchas cosas bellas:
en las noches claras, sembradas de estrellas,
mientras dialogaban en el corredor,
a nadie atendía:
¡Yo estaba en las nubes de la lejanía
forjando risueños castillos de amor!

Y en tanto las voces amargas y duras
se enseñoreaban contra mis locuras
y contra mi sed de soñar...
¡Inútil porfía!
El alma repleta de melancolía
bogaba en las ondas azules del mar!

III

¡Yo vuelvo del monte! Mi espíritu era
macabro, y hoy luce
todos los matices de la primavera.
Mi vida era impura,
sin risas, lo mismo que una sepultura:
hoy, libre y serena,
mi vida está está llena
de esencias y aromas de la selva oscura...

Bendito sea el monte
que ancha el horizonte;
bendita la tierra
que extingue los odios y aplaca la guerra;
y bendita, bendita, bendita,
por todos los días y generaciones,
el alma que olvida sus malas pasiones
y busca en el monte remedio a su cuita!

Bogotá, Colombia.

Libros y autores hispanoamericanos

Sobre un Cuestionario

Caracas, 14 de mayo de 1926.

Mi querido García Monge:

En el banquete de escritores sudamericanos, recientemente celebrado en París, el gran Alcides Arguedas inicia el cuestionario que pone en circulación el Repertorio Americano, y V. generosamente solicita mi respuesta a aquel, como asíduo lector de esa dilecta Revista.

El aire fino de la ciudad, impregnado de nobles pensamientos, suele producir, en espíritus exquisitos como eran los que formaban la reunión de camaradas literarios a que me refiero, la visión, que la distancia prestigia, de una América indo-española de conjunto tan homogéneo como la Europa, vista desde algunos de nuestros pueblos. Así hablamos, en París, de un «público hispano-americano», como en Caracas o en San José de Costa Rica, de un «público europeo», cuando en el Viejo Mundo—menos que aquí, donde siquiera nos enlaza el común lenguaje—quizás no existe «un público», sino tantos como países forman el conjunto continental. Y ello es, a mi entender, una de las causas de que, en nuestras repúblicas, las ediciones de libros sean limitadas por las respectivas poblaciones, en las que, por lo regular, no conocen sino a sus respectivos escritores, y éstos algunos de los de allende sus fronteras.

Temo valerme de una paradoja al opinar, sobre otro punto del cuestionario, que si los escritores quisieran siempre complacer los gustos corrientes o ponerse al nivel de la totalidad de su «público», descendería con frecuencia el valor mental de los autores. A mi juicio, si, en América, la literatura fuera un medio de enriquecerse, si pretendiera cada uno de nosotros pasearse en automóvil propio y habitar rica mansión, con el producto de sus libros (que no con otro trabajo auxiliar) nuestra literatura aun volaría a ras del suelo o muy poco más arriba. Pienso que, gracias al desinterés, a este respecto, de poetas, novelistas, ensayistas, podemos enorgullecernos de un Darío, un Rodó, un Arguedas, un Díaz Rodríguez, promotores, como V., de nuestra cultura del porvenir y tal vez de un verdadero público hispanoamericano, por no haber tenido en cuenta, precisamente, el momentáneo éxito monetario de libros y revistas.

Su invariable amigo y admirador,

Pedro Emilio Coll

CUESTIONARIO
que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta que a los escritores de América propone nuestro distinguido amigo don Alcides Arguedas:

1.ª—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2.ª—¿No lee el públíco hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3.ª—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

Señor J. García Monge

Distinguido y apreciado amigo:

Juzgo de tan interesante el cuestionario que ha iniciado en su Repertorio Americano, que me apresuro a responderle con una salvedad: Creo que la pregunta es demasiado amplia, al hacerla refiriéndose a todo el público hispano-americano, pues, de Méjico a la Argentina, caben todos los matices de cultura, desde el analfabetismo hasta el refinamiento. Yo, por mi parte, me limitaré a contestar refiriéndome al único público que conozco: el de Buenos Aires. No me atrevo a salir de esta ciudad, pues, de ella al resto de la Argentina, media un abismo de incultura. He aquí mis respuestas:

1.ª—*¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?*

¿Porque no se venden? Quizas no sea esta la razón, pues, habría que preguntar a su vez: ¿Por qué no se venden? Contestaría: Por falta de un editor inteligente y hábil, por la rapacidad de los libreros, por falta de crítica. Me explicaré: De mi último libro *Leyendas Guaraníes*, está por agotarse, en pocos meses, la edición de mil ejemplares que se vende a $ 2.50, precio nada popular. Sin embargo, de este libro, por sus temas exóticos, colocado a mitad de precio, pudo venderse cinco mil ejemplares. La codicia librería se opone a ello; toma el libro a consignación (si vale poco no lo recibe) y lo arrumba en el más oscuro anaquel, a fin de vender las obras de su propiedad, las que ha comprado a las casas editoras de Europa, y que representan capital invertido. Para ser justos, diremos que ya hay en Buenos Aires dos o tres negocios que exponen por quince días las novedades de la librería nacional.

La falta de crítica es otro de los escollos. No hay, no diré un crítico de reputación, no hay siquiera un cuerpo de críticos anónimos que, bien o mal, se ocupen del libro aparecido, lo más pronto posible, a fin de que el público se entere de su aparición. Las críticas aparecen a los seis meses o al año de salir el libro, cuando ya no está en librería siquiera.

En Buenos Aires existe una Comisión Protectora de Bibliotecas, que compra hasta cien libros de cada autor, pero funciona con arbitrariedad, presionada por influencias extrañas al mérito de la obra propuesta.

2.ª—*¿No lee el público hispanoamericano, o no le interesan sus escritores?*

Sí lee el público de Buenos Aires. Lee muchísimo, lee todo; más malo que bueno, claro está; pero aunque se agote Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast) o Josué Quesada, también se agotan Roberto J. Payró y Horacio Quiroga: pésimos aquéllos, excelentes éstos. Aquí interesa el escritor local, viven bastantes revistas dando en su mayoría prosa y verso de escritores—buenos y malos—criollos; pero el libro local—por su costo y por las razones antes enumeradas—no puede competir con el extranjero, Se agota Dostoiewsky, cuyos libros pueden conseguirse por veinte centavos, pero no se agotan los libros de algunos meritorios escritores argentinos, ni lejanamente comparables al genial ruso, y que cuestan dos o tres pesos. Y es justo reconocerlo, esta vez el público no anda descaminado.

El valer artístico del escritor americano, y aun español, comparándolo con la producción mundial, es un factor digno de tenerse en cuenta. A mi juicio, es ingenuo querer parangonarlos; pero no es un factor terminante, ya que a cada público le es imprescindible el escritor de su raza, el que sepa exteriorizar su modalidad y pintarle la vida con la que está familiarizado.

3.ª—*En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?*

Esta pregunta va contestada con la anterior. Me limitaré a citar un caso para corroborar mi *tesis* de que el principal obstáculo que halla el autor hispanoamericano es la falta de un editor inteligente y hábil. Aquí en Buenos Aires, la *Editorial Claridad* puso en venta a cincuenta centavos, *Versos de la Calle* de mi amigo Alvaro Yunque, autor joven, de van-

guardia y cuyo era el primer libro: En un año se vendieron cinco mil ejemplares. El hecho no tiene precedente entre nosotros, y merece citarse para reivindicación del público, a quien libreros y editores—torpes y rapaces—calumnian bastante injustamente. Comprobando lo que se vende en Buenos Aires yo, con respecto a ese público, soy optimista.

La mano, muy afectuosamente

E. Morales

Vicente López, mayo de 1926.

Tablero

1926

Nosotros, de Buenos Aires, en su edición de marzo pasado, reproduce el *Diálogo* en verso, escrito por Rubén Darío en 1882 en colaboración con Mayorga Rivas y que vió la luz por vez primera, en el Repertorio Americano del 8 de febrero de 1926. Nos complacemos en comunicar esto a nuestro colaborador don Salvador Umaña.

Asociación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica

México, D. F., a 15 de marzo de 1926.

Señor Presidente de la
Asociación Universitaria
de Estudiantes de C. R.

San José, Costa Rica.

Muy distinguido señor:

En nombre de la Universidad Nacional de México y mío propio, me permito enviar, por el digno conducto del señor Raúl Cordero Amador, un saludo cordial a la Asociación Universitaria de Estudiantes de Costa Rica.

Esta institución que yo dirijo, hace constantes esfuerzos por estrechar los lazos fraternales que deben unir a los intelectuales de todas las naciones ibero-americanas, lo que dará por resultado, sin duda alguna, una comprensión mejor entre nuestros pueblos que están llamados a formar una gran familia, a la que le está reservado un lugar prominente en los destinos de la humanidad.

Aprovecho esta oportunidad para expresar a usted, señor Presidente, las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

Alfonso Pruneda

Rector de la Universidad Nacional de México.

Nota.—El señor Cordero Amador fué recibido por la Asociación el 23 de abril de 1926. Y fué nombrado él, representante de la Asociación ante la juventud mexicana.

San José, Costa Rica, 24 de abril de 1926.

Manuel Zúñiga Pallais,
Presidente.

Felipe Gallegos Iglesias,
Secretario ad-hoc.

Un suero anticanceroso?

Un médico inglés, el doctor Urnster, del Instituto Lister, de Londres, acaba de formular la esperanza de vencer el cáncer. Ha tratado, con muy buen éxito, tumores cancerosos por medio de un «antisuero» obtenido del caballo, y que puede obtenerse en gran abundancia.

El comité inglés de lucha contra el cáncer ha asignado durante seis años, una suma anual de 100,000 francos para que el doctor Urnster continúe sus trabajos.

(Noticia de fines de 1925).

Carta dirigida por el Colegio de Señoritas a las hijas de Hostos

Santiago de los Caballeros,
República Dominicana.

Febrero 27. 1926.

Señoritas Luisa Amelia y
María Angelina de Hostos

43 rue Galilée.—Paris, France.

Ilustres señoritas:

Al recibir hoy, 27 de febrero, día de recordaciones épicas para nosotras, de manos de nuestra amada Directora, la señorita Ercilia Pepín, en solemne investidura, el título de *Maestras normales de primera enseñanza* con que se nos enaltece, hemos visto surgir ante nosotras, la visión de su sabio y noble padre, el educacionista notable, fundador de la enseñanza racional en nuestra patria; habiéndonos educado en el santo amor cívico que él supo insuflar en todos los corazones dominicanos, y siendo su *Moral Social*, el código de virtudes ejemplares que habremos de vivir siempre.

Reciban ustedes—honorables señoritas—este humilde Mensaje de Gratitud como el mejor voto de adhesión a su persona, ya que no podemos ofrendar en recuerdo del Maestro, sino las flores que después del acto de nuestra investidura, descansarán ufanas sobre su tumba veneranda.

Con nosotras, la misma ciudad de Santiago de los Caballeros, les saluda reverente, mientras la República Dominicana en el Día de sus días, consagra un recuerdo de amor inmenso al Maestro insigne y al Apóstol.

Saludan a ustedes con Dios Patria y Libertad:

Grecia Marina Félix, María Rosa Luna, Nereida Tallaj, Julia Dolores Tavares, Amelia Zouain, María E. Pichardo, Ana Altagracia Almonte, Octavia Patxot, Josefa Hued, Rosa M. Tavares, Alicia Diloné, Angélica Sahadala, Rosa Delia Arias, Teresa Capellán, Jaifa Gobaira, María Elisa Isidor, Ana Lucía Blanco, Estela García y Ana Rosa Sánchez.

Santiago, R. D.

(De *La Información*, R. D.)

Tarjeta que interesa a los criadores de caballos

Valencia, 11 de abril de 1926

S. D. García Monge

Muy distinguido señor: Por correo por separado, como impreso, remito a V. el ejemplar de mi libro *Selección de estudios de cría caballar*, que no se vende y si algún amigo o conocido suyo tiene interés en poseerlo, con gusto y gratuitamente se lo remitiría. De V. atto. s. s. q. b. s. m.

Rafael Janini

Lauria 26, Pral.
Valencia España.

Noticia.—Se trata de una obra interesante y útil, cuyo envío le agradecemos al señor Janini Janini.

Por el Indice, puede juzgarse de la seriedad e importancia del libro:

Notas tomadas del libro «Los caballos del Imperio Británíco».—Notas tomadas del libro «El origen y la influencia del caballo Thoroughbred».—Iden del libro «La cría caballar en teoría y en práctica».—Iden del libro «Principios de Zootecnia General aplicados a la cría caballar» etc. etc.

Y así lo demás. Una verdadera biblia caballar de 404 páginas nutridas. ¡Y se regala a quien lo solicite!

La estimación extranjera

Patria, semanario de Ideas, de Bogotá, en su n.º 74, de marzo 25 de 1926, reproduce las *Huellas de Imágenes* de nuestra Carmen Lira, tomándolos del n.º 5 del Repertorio Americano, tomo en curso.

La Academia Brasileira de Letras solicita el Repertorio Americano

Rio de Janeiro, 2 de março de 1926

Exm.º sr. dr. J. García Monge.

Cordiaes saudações.

Em nome da Academia Brasileira de Letras, venho solicitar de V. Exa. a especial fineza de, á semelhança do que fazem alguns diarios e revistas do Brasil e do estrangeiro, enviar-nos tambem o sou conceituado jornal, afim de que, em nossa bibliotheca, possa o mesmo ser consultado por todos quantos se interessam pela vida intellectual do nosso Continente.

Dest'arte, estaremos em mais estreito contacto com os melhores e mais representativos orgãos da imprensa brasileira e sul-americana.

Em cambio, remetter-lhe-emos, mensalmente, a Revista da Academia.

Esperando que V. Exa. não deixará de ponderar as mutuas ventagens que de tal permuta resultarão, e certo de ser attendido no pedido que ora lhe dirijo, em nome da Academia Brasileira, aproveito o ensejo para, aprsentando-lhe as minhas homenagens, assignar-me.

De V. Exa. am.º, admor. e cofrade,

Coelho Netto
Presidente

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica